

Los dos pilares del imperio: la India de James Mill

The Two Pillars of Empire: India by James Mill

José Carlos Bermejo Barrera
Universidad de Santiago de Compostela (España)
josecarlos.bermejo@usc.es
ORCID ID: 0000-0002-0015-3379

“Me desconsuela la inmovilidad, la apatía e inercia de este pueblo. Pasan la vida en un perpetuo sueño en lugar de comerciar, de construir nuevos pueblos, de dar movimiento a las antiguas ciudades, establecer vías de ferrocarril, lanzarse a los negocios, inventar, organizar, vivir en una palabra”
Rudyard Kipling, *El collar sagrado*, p. 1100
(*Obras completas*, Barcelona: Janés, 1951).

Resumen

La profesionalización de la historia en Inglaterra tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XIX, de un modo tardío con respecto a otros países europeos. Por eso no extraño que los grandes historiadores del siglo XVIII, como David Hume y Edward Gibbon, o del siglo XIX, como John Mill o Georges Grote, desarrollaran su actividad historiográfica al margen de la universidad. En este trabajo se analiza la *History of British India*, un libro fundamental para los victorianos, que conoció además un extraordinario éxito editorial. Su interés radica no solo en su contenido, sino en el hecho de que el autor propuso una metodología propia para la investigación histórica, basada en la lógica inductiva, en los principios de la economía política de David Ricardo y en las ideas sociales y políticas del liberalismo inglés y del movimiento utilitarista, al que pertenecieron James Mill, su hijo John Stuart Mill y el historiador, político y banquero Georges Grote. En el libro de J. Mill puede apreciarse cómo los principios de la economía política ricardiana y el liberalismo inglés fueron solidarios de la implantación del poder imperial inglés sobre la India.

Palabras clave

Historia de la India, liberalismo, utilitarismo, imperialismo inglés

Abstract

The professionalization of history in England took place in the second half of the 19th century, later than other European countries. That is why it is not surprising that the great historians of the 18th century, such as David Hume and Edward Gibbon, or of the 19th century, such as John Mill or Georges Grote, developed their historiographical activity outside the university. This work analyzes the *History of British India*, a fundamental

book for the Victorians, which also had extraordinary publishing success. Its interest lies not only in its content, but in the fact that the author proposed his own methodology for historical research, based on inductive logic, on the principles of the political economy of David Ricardo and on the social and political ideas of the English liberalism and the utilitarian movement, to which James Mill, his son John Stuart Mill and the historian, politician and banker Georges Grote belonged. In J.Mill's book you can see how the principles of Ricardian political economy and English liberalism were supportive of the implementation of English imperial power over India.

Keywords

History of India, liberalism, utilitarianism, English imperialism

En la historia intelectual pueden darse curiosas paradojas, y una de las más llamativas es que autores que en su época fueron considerados como fundamentales hoy han caído en el olvido. No se trata de una cuestión de modas o de gustos estéticos, como la que hace que pintores, escultores y todo tipo de literatos pasasen de ser considerados como referentes a caer en un olvido tan notorio que hasta resulta imposible hallar ejemplares de sus obras. El hecho sobre el deseamos llamar la atención es algo más profundo y va más allá de las modas, porque implica diferentes visiones globales del pasado en los distintos campos de la historia de las ideas.

Nuestra tradición filosófica suele entenderse como una lucha constante entre el idealismo y el realismo, que serían encarnados en las dos figuras prominentes de Platón y Aristóteles. Sin embargo, ni en la Antigüedad clásica, ni en la historia de la filosofía europea anterior al siglo XIX, eso fue así. El filósofo más famoso del mundo greco-romano fue Posidonio de Apamea, que fue además geógrafo e historiador, pero del que no conservamos ninguna de las obras de su extenso catálogo. En la época de Posidonio el platonismo y el aristotelismo estaban prácticamente fundidos de un modo algo artificial, y por eso nadie pensaba que la opción filosófica fundamental fuese la de escoger entre uno de ellos.

Si la obra de Posidonio, como la de la mayor parte de los filósofos estoicos, o la de Epicuro se perdieron, fue porque dejaron de ser copiadas y de transmitirse de generación en generación. Y ello se debió no solo a circunstancias puramente filosóficas, sino también a factores institucionales. La Academia de Platón perduró desde su fundación en el siglo IV a. C. hasta su cierre por orden del emperador Justiniano. En ella se conservó la obra del maestro prácticamente en su totalidad. Y fue ese factor, unido a la idea de que el platonismo era en cierto modo un precedente del cristianismo, lo que mantuvo vivo a Platón en el mundo bizantino.

Aristóteles y el Liceo tuvieron mucha menos suerte. El filósofo macedonio tuvo que exiliarse de Atenas por razones políticas y emigrar a la ciudad de Assos junto a su biblioteca, de la que se perdieron la mayor parte de sus libros. Eso hizo mucho más difícil la transmisión histórica de su pensamiento, que fue revitalizado en la Edad Media gracias a las traducciones al sirio, en primer lugar, y luego al árabe y de éste al latín. La historia intelectual es un juego estratégico en que concurren diferentes circunstancias: la propia estructura de las teorías, los conocimientos disponibles, pero también las circunstancias

biográficas de cada autor, así como las circunstancias económicas en las que vivió; lo que Ortega y Gasset llamaba las circunstancias en sentido antropológico y metafísico.

Los Mill: una historia familiar e intelectual

Un ejemplo muy claro de todo esto es la vida y la obra de James Mill (1773-1836), que vivió a caballo de las edades Moderna y Contemporánea, y cuya figura quedó, en cierto modo, anulada entre las de su maestro, Jeremy Bentham, el creador del utilitarismo, y la de su hijo, John Stuart Mill, uno de los más importantes filósofos ingleses. Pero a estos factores de carácter intelectual debemos añadir una circunstancia muy particular, y esa fue el hecho de J. Stuart Mill escribiese su autobiografía, en la que tuvo la ayuda de su mujer, Harriet Taylor Mill, con la que fue coautor de sus célebres ensayos sobre la libertad sexual y la sujeción de la mujer.¹

J. Stuart Mill fue víctima del ensayo pedagógico llevado a cabo por su padre James, que intentó educarlo ya desde su nacimiento siguiendo un método totalmente racional y científico, orientado al desarrollo de sus capacidades intelectuales, a costa de su desarrollo emocional. La figura de James Mill fue objeto de sátira, mediante la alusión indirecta, en la novela de Miguel de Unamuno *Amor y Pedagogía*, en la que su protagonista intenta educar a su hijo siguiendo un método similar al de James, con el fin de hacer de él un científico, pero se ve abocado al fracaso cuando su hijo se convierte en poeta, que es lo más opuesto que puede haber a la visión del mundo utilitarista.

Pero John Stuart Mill, que ya estudiaba a Homero a los tres años, no solo no salió poeta, sino que fue un continuador del pensamiento utilitarista, y de la obra de su padre, a costa de sufrir un largo padecimiento psíquico de difícil diagnóstico, pero al que por lo general se le suele llamar depresión. En la salida de esa depresión fue fundamental una mujer casada, Harriet Tylor, que pasaría a ser su compañera, y luego esposa, pero con la que no parece –en la medida en que eso se pueda saber con certidumbre–, haber sido capaz de mantener relaciones sexuales, siendo para él más una figura materna que una compañera sexual.

La relación padre-hijo de los Mill pesa sobre ambos como una maldición. De hecho, el historiador Bruce Mazlish intentó analizar el pensamiento de ambos bajo un prisma psicoanalítico unilateral, dejando un poco de lado sus obras, que valdrán o no por su contenido, y no por las circunstancias personales que hayan rodeado su producción.² El James Mill de B. Mazlish es un represivo padre inglés, que mantiene una mala relación con su esposa e intenta anular los sentimientos de su hijo, ahogándolos en los moldes del pensamiento puramente racional estrictamente laico, pero no por ello menos dogmático. Mazlish contrapone constantemente lo masculino, racional y autoritario, con lo femenino, emocional y subordinado. Y ese modelo que forma la base del triángulo edípico lo traspone al estudio de todo el pensamiento de James, incluyendo el libro que lo hizo rico y famoso, su *History of British India*.³

¹ J. Stuart Mill, *Autobiografía*, (Madrid: Alianza Editorial, 1986); J. Stuart Mill y Harriet Tylor Mill, *Ensayos sobre la libertad sexual*, (Barcelona: Península, 1973).

² Véase James and John Stuart Mill. *Father and Son in the Nineteenth Century* (New York: Basic Books, 1975).

³ *The History of British India*, 3 vols. (London: Baldwin, Cradock and Joy, 1817). Mazlish analiza esta obra en *James and John Stuart Mill*, 116-145.

Un libro de referencia del universo victoriano

James Mill dedicó diez años a escribir esta obra que supera las 2.000 páginas, en numerosos volúmenes, y que en lo esencial es un minucioso relato del dominio de la Compañía de las Indias Orientales, de la que él fue un empleado muy bien pagado, como más tarde su hijo John. Pero en la que se incluyen análisis de los hechos económicos, de las instituciones de todo tipo, de la religión y de las costumbres, sintetizando todos los conocimientos de la época. Sin embargo, para Mazlish existe un esquema que permite comprender la totalidad de la inmensa obra, y es el siguiente: James Mill es un racista, que cree que los hindúes no son capaces de gobernarse por sí mismos, debido a su carácter como pueblo, que se define no solo en contraposición a los ingleses, destinados a hacerse ricos con el comercio de la India primero y luego a civilizarla, sino a los musulmanes. Los musulmanes serían los héroes de su narración, que acaba antes de que se estableciese la institución del gobierno británico, dirigido por el virrey de la India, como delegado de la emperatriz de ésta, la reina Victoria. Y frente a ellos estarían los hindúes.

Mazlish desarrolló su interpretación siguiendo un modelo psicoanalítico, que se ajusta muy bien a las propias ideas de James Mill, tendríamos el contraste siguiente: los musulmanes son viriles, activos, valientes, y no aceptan el despotismo, mientras que los hindúes son indolentes, débiles, degenerados, afeminados y viciosos, sobre todo en el terreno sexual. Y mientras los musulmanes son capaces de desarrollar el pensamiento racional, los hindúes, por el contrario, son víctimas de una imaginación desbordada, que se manifestaría en su mitología, sus ritos, y su incapacidad para la creación intelectual que, como luego veremos, intenta desacreditar forzando los argumentos y seleccionando los hechos a favor de su teoría. De este modo todo lo válido en las artes, las ciencias y el pensamiento que podamos hallar en la India se debería, o bien a las influencias occidentales –más en concreto griegas a través de los reinos de Bactriana y Sogdiana– o musulmanas.

Como en la familia burguesa decimonónica solo existe una autoridad, pues no en vano ya había ironizado Gladstone diciendo que “en el matrimonio el marido y la mujer son una única persona, y esa persona es el marido”; y esa autoridad, más racional, debe guiar a su esposa e hijos que le son inferiores, no solo intelectualmente, sino también porque se conducta se guía básicamente por las pasiones y los sentimientos, del mismo modo en el caso de la India, como señala Mazlish, solo la introducción de la razón, mediante la difusión del utilitarismo, que ha de establecer un sistema de administración y crear nuevas leyes, y de la religión evangélica, se podrá llegar a crear un gobierno racional. Un gobierno en el que la razón, de los que saben, permita a los que no saben mejorar sus vidas y refinar sus costumbres, lográndose así el equilibrio de placeres y dolores que permita crear la mayor cuota de felicidad para el mayor número de personas, gracias a un equilibrio de intereses similar al que regula el mercado.⁴

La obra de James Mill merece un análisis más detallado, no solo por la inmensa cantidad de información que maneja, sino porque sirvió como libro de referencia para la representación inglesa de la India en el siglo XIX, en el que su autor gozó de un inmenso prestigio como historiador, cuando la profesión de historiador aún no tenía reconocimiento académico en Inglaterra o Escocia. Se da la paradoja de que un autor

⁴ John Stuart Mill sintetizó estas ideas creadas por Jeremy Bentham y su padre James en sus ensayos: *Sobre la libertad. Utilitarismo* (Madrid: Aguilar, 1971).

como David Hume, al que hoy estudiamos en el ámbito de la historia de la filosofía, se hizo famoso, y rico, con sus dos grandes obras históricas, su *History of England*, y su *History of England Under Tudors*. Y lo mismo ocurrió con James Mill, al que se quiere a veces desacreditar por parte de los historiadores académicos, que olvidan que las más grandes obras historiográficas del siglo XVIII inglés y escocés se escribieron fuera del ámbito académico.

Este fue el caso de Edward Gibbon, cuya obra *The Decline and Fall of the Roman Empire*, concluida en 1871, que fue esencial para James Mill, no debe nada a su formación académica en la universidad de Oxford, como él mismo señaló en su autobiografía.⁵ La obra de Mill debe entenderse en el marco de la Ilustración escocesa y de la vida intelectual de la ciudad de Edimburgo, en la que desarrollaron su vida intelectual el propio David Hume, Adam Smith, y la escuela de la llamada historia conjetural escocesa. Sus autores, como Adam Ferguson, entendieron la historia como un proceso global, cuyo protagonista es la humanidad como conjunto, o lo que ellos llamaban la sociedad civil, que estaba dirigida por las leyes que determinan el progreso dentro del proceso histórico, leyes cuya referencia básica sería la economía política.⁶

James Mill, administrador, jurista e historiador

James Mill fue a la vez un trabajador especialista en los mecanismos económicos de la Compañía de las Indias Orientales, un economista y reformador social y un filósofo. Y por eso, al contrario que muchos historiadores académicos, hizo una reflexión sobre el conocimiento histórico, sus métodos y su valor. Los historiadores suelen decir que ellos hacen o escriben la historia, y que su misión no es hablar sobre ella.⁷ El problema es que por esa razón no suelen distinguir entre el conocimiento tácito y el conocimiento implícito y por eso transmiten sin ningún tipo de reflexión, no solo los métodos y los valores en los que se basan sus comunidades profesionales, sino también sus valores y sus prejuicios de todo tipo: nacionalistas, de género, religiosos, políticos y sociales. James Mill deja claro en su obra cuáles son sus ideas, y por esa razón saca a la luz sus presupuestos y prejuicios sobre los que él cree que se ha de basar el dominio británico sobre la India, y en eso, además de en su ingente información, reside el interés de su libro sobre el tema.

J. Mill no pretende escribir una historia universal, o filosófica y conjetural como se llamaba en su época. Ni tampoco quiere escribir una historia de Inglaterra, como había hecho David Hume, ni mucho menos una historia de la India, pues achaca a los hindúes, entre otras muchas cosas, que carecen de historiografía, por lo cual esa labor no sería posible. Lo que él quiere narrar está muy claro: es el dominio inglés sobre una parte de la India, y cómo la India llegó a ser británica.

⁵ Se compone de siete volúmenes, que fueron reeditados en 1909 por John Bury, Methuen and Company, London, con numerosas notas, apéndices y comentarios que hacen balances del valor de la obra en esos momentos. Véase Edward Gibbon, *Memorias de mi vida* (Madrid: Alba Editorial, 2003). Sobre este tema pueden verse también J. W. Burrow, *Gibbon* (Oxford: Oxford University Press, 1985) y J. Cotter Morison, *Gibbon* (London: Macmillan, 1878), todavía de interés.

⁶ Adam Ferguson, *An Essay on the History of Civil Society*, ed. Fania Oz-Salzberger (Cambridge: Cambridge University Press, 1995). Sobre la vida intelectual de Edimburgo puede verse James Buchan, *Capital of Mind. How Edinburgh Changed the World* (London: John Murray, 2003), y también es muy interesante Ian Simpson Ross, *The Life of Adam Smith* (Oxford: Oxford University Press, 2010), por su análisis de los círculos intelectuales de la ciudad y del mundo de la Ilustración escocesa.

⁷ Sobre este tema véase José Carlos Bermejo Barrera, "Making History, Talking about History", *History and Theory*, 40 (2001): 190-205.

Comienza por reconocer que no estuvo en la India y que además desconoce las lenguas orientales, estudiadas por muchos ingleses, como sir William Jones, y por filólogos de otros países, como Anquetil Dupeiron, o más tarde Max Müller.⁸ Sin embargo, considera que eso no es óbice para poder escribir su libro, por varias razones. La primera es que manejará todos los libros europeos que recogen cualquier tipo de información sobre la India. El conjunto de esos libros es superior a lo que podría ser el testimonio directo de una persona que viajase, o viviese, en la India, porque ese testimonio sería parcial, por estar espacial y temporalmente limitado, y además puede ser subjetivo y estar condicionado por simpatías o antipatías de viajero.

Cita J. Mill una fábula hindú, la de la ciudad de los ciegos y el elefante, que puede resumirse así. En Afganistán había una ciudad cuyos habitantes eran todos ciegos. Un día les llegó la noticia de que iba a llegar a ella un elefante, y decidieron mandar a tres mensajeros para informarse de cómo era el animal.⁹ El primero tocó su trompa y llegó a la conclusión de que el elefante era un gigantesco gusano que se mantenía vertical; el segundo tocó una pierna y llegó a la conclusión de que el elefante era como una columna; y el tercero tocó la oreja y llegó a la conclusión de que el elefante era como un abanico. Al llegar a la ciudad cada uno narró su historia, pero ninguno quiso escuchar a los otros dos. Por eso no llegaron a ningún acuerdo y la ciudad de los ciegos sigue aun discutiendo cómo es un elefante. Para evitar este defecto lo que propone J. Mill es seguir el método de la filosofía, o sea, de la lógica de la investigación o de la lógica inductiva, que se basa en los siguientes principios:

- combinación de la información
- discriminación y selección de la misma
- clasificación de los hechos
- aplicación de las reglas de juicio, o sea, del razonamiento práctico
- comparación entre las informaciones y los hechos
- valoración de su importancia
- aplicación de las reglas de la inferencia
- aplicación de las reglas de la inducción.¹⁰

Todos estos principios ya habían sido sintetizados por sir Francis Bacon, pero en el siglo XVIII fueron la base de la filosofía escocesa del *common sense* de Thomas Reid.¹¹ Pero el gran estudioso de los mismos y a la vez creador de una lógica inductiva sistemática iba a ser precisamente su hijo, John Stuart Mill.¹²

El historiador, según J. Mill, debe conocer los campos de la legislación, de hecho, él será un gran reformador legal, de los procedimientos judiciales, de la administración en todas sus ramas, de la guerra, del comercio y sus leyes y de la diplomacia. Como todas las leyes que rigen esos campos son universales, su aplicación, unida al conocimiento de

⁸ Véase *The History of British India*, I, xii (de ahora en adelante, HBI).

⁹ HBI, I, xviii.

¹⁰ HBI, I, xv.

¹¹ Thomas Reid, *Investigación sobre la mente humana según los principios del sentido común*, ed. y trad. Ellen Duthie (Madrid: Trotta, 2004).

¹² John Stuart Mill, *System of Logic Racionative and Inductive. Being a Connected View of the Principles of Evidence and the Methods of Scientific Investigation*, I y II (London: Longmans, Green, Reader and Dyer, 1875). Véase sobre todo I, 448-471, para los métodos de la investigación, y II, 291-400 sobre las falacias, y 409-460, para la lógica y los métodos de las ciencias sociales.

los hechos, permite conocer el proceso histórico entendido bajo el prisma de la ciencia social, y sobre todo de la economía política, en la que James Mill será un fiel seguidor de David Ricardo.

Una característica de un buen historiador ha de ser su imparcialidad, por eso, toando una cita del *Dictionnaire Historique et Critique* de Pierre Bayle, dice: “la perfección de una historia es conseguir desagradar a todas las sectas, porque eso es una prueba de que su autor no adula ni a los unos ni a los otros, y que le suelta a cada uno sus verdades”.¹³ Si bien es cierto lo que decía P. Bayle al aplicarlo a católicos y protestantes, el caso de J. Mill es diferente, porque tiene muy claro que su conocimiento del método científico le garantiza su neutralidad y veracidad, a pesar de que a veces reconoce que sus citas pueden no ser muy exactas, porque muchas veces son de segunda mano.¹⁴

Intenta evitar los prejuicios más evidentes de su época, como los que contraponen la crueldad de los orientales con la benevolencia de los europeos, como por ejemplo, cuando reconoce que algo que llama mucho la atención, la aplicación de la tortura por parte de la Compañía de las Indias Orientales, era también general en la Europa del siglo XVII, tanto en el caso de los interrogatorios, como en su uso como castigo, muchas veces público.¹⁵

Comercio, progreso y el amanecer de la razón

La estructura de su libro es la que marca la propia historia de la compañía para la que trabaja. Explica cómo se formó, cómo se fueron sumando las diferentes participaciones de capital, y cuáles fueron, una tras otra, las expediciones y los cargamentos de cada barco, así como los rendimientos de las distintas operaciones comerciales, ya fuesen de la propia compañía. o de los comerciantes. La Compañía aparece como competidora de los mogoles que controlan y gobiernan la India, a la vez que compite en ello con Holanda y Portugal, con quienes se disputa los beneficios del comercio.

La dinámica comercial en cada uno de estos tres países se basaba en el poder del rey que otorgaba licencias, *cartazes* para los portugueses, por ejemplo, a los comerciantes y sus empresas. Lo mismo ocurriría en Inglaterra con las patentes reales, pero no así en Holanda. Los comerciantes de estos tres países se disputan el mercado, arrinconando Holanda e Inglaterra a Portugal a partir del siglo XVII.

De ese mercado se extrae la producción local y mediante él se introduce el capital del que la India era deficitaria. Pero ese mercado no puede funcionar sin el apoyo de la fuerza, ya sea la local de los *nawabs*, reyes, y de los *zamindars*, nobles, que poseen ejércitos mercenarios que poco a poco van a ser sustituidos por los de la propia Compañía, que eran estables por poder pagar a sus mercenarios todo el año. En un principio el comercio no se habría regido por su propia lógica, como señala J. Mill: “da la impresión de que en el período inicial, cuando el comercio y la soberanía estaban mezclados, como es lógico, aunque por desgracia eso no deja de ser lamentable, el comercio fue objeto de desprecio; y de ser objeto de desprecio, como consecuencia lógica, pasó a ser objeto de

¹³ HBI, I, xxiv.

¹⁴ HBI, I, xxvii.

¹⁵ HBI, I, 34-35.

desprestigio. Un comercio que es objeto de desprestigio es, por supuesto, un comercio sin beneficio”.¹⁶

J. Mill, al igual que Adam Smith y David Ricardo, consideraba que en la historia la transición más importante habría sido el paso de la sociedad militar a la comercial e industrial.¹⁷ Las sociedades militares se caracterizan no solo por el uso de la violencia, sino también por la falta de garantías jurídicas, la venalidad y la crueldad. Por eso en la propia historia de la Compañía fue esencial la depuración de todos estos componentes, que estaban presentes en sus primeras fases, tanto en su propia patria como en la India. Señala J. Mill que: “la Compañía, mientras tanto, no olvidaba los métodos corruptos habituales para conseguir favores en su patria. Parece ser que distribuyó sumas grandes de dinero a los poderes para conseguir licencias. La Cámara de los Comunes estaba dispuesta a semejantes transacciones”.¹⁸

Hasta fines del siglo XVII los robos y los asesinatos eran comunes en Europa, incluso en sus países más avanzados. Se robaba en la tierra y se robaba en el mar, en el que abundaban los piratas. La violencia general hacía que, al igual que en la India, las mutilaciones de narices, ojos, miembros, o del cuero cabelludo se utilizasen como castigo, las ejecuciones fuesen públicas y los cadáveres quedasen expuestos en los árboles, en las picotas o en las murallas de las ciudades. Mill no era en modo alguno un maniqueo y puso ejemplos de todo ello en las leyes sajonas, burgundias, salias, alamanas, bávaras, turingias, anglias, frisias o lombardas, especificando cómo regulaban la venganza de sangre y cómo establecían tasas para lograr acuerdos que pusiesen fin a las venganzas de sangre.¹⁹ Por eso no se debe caer al analizar su obra en juicios simplistas que lo presenten únicamente como un ideólogo del colonialismo inglés: pues, aunque sí lo fue, sus planteamientos fueron mucho más complejos.

La regulación de las actividades de la Compañía se iniciaría en el año 1699, cuando se creó la *New Company*, tendiendo poco a poco a desaparecer la “Sociedad de Caballeros Aventureros”, o lo que es lo mismo, la vieja Compañía. La nueva fundación se consiguió mediante un decreto, o una orden, de la Cámara de los Comunes, que accedió a promulgarla gracias a un crédito concedido por la nueva Compañía al gobierno, crédito que fue posible porque había incrementado su capital gracias a la suscripción de nuevas acciones.²⁰ Así nació *The United Company of Merchants trading to the East Indies*, que consiguió monopolizar el comercio.

Habíamos visto cómo la figura de J. Mill tuvo la desgracia de ser conocida como la de un padre autoritario, a fuer de querer ser racional, y quizás como incapaz de comprender la naturaleza femenina. Sin embargo, él consideraba que si hay algo que marque la diferencia entre los salvajes y los civilizados es la condición de la mujer. “La condición de las mujeres es una de las principales circunstancias entre las costumbres de cada nación, y uno de los criterios más importantes para medir el estadio social al que han llegado”.²¹ Una idea ésta que fue compartida por algunos de sus contemporáneos,

¹⁶ HBI, I, 73.

¹⁷ Véase el análisis de Víctor Méndez Baiges, *El filósofo y el mercader. Filosofía, derecho y economía en la obra de Adam Smith* (México: Fondo de Cultura Económica, 2004).

¹⁸ HBI, I, 79.

¹⁹ HBI, I, 152-159.

²⁰ HBI, I, 86.

²¹ HBI, I, 243.

como el doctor William Alexander, también escocés, quien partiendo de los datos tomados de la historia antigua, de la Biblia y de la historia medieval había escrito una historia de las mujeres en la que expone la tesis de que es esencial el acceso de las mujeres, de clase media exclusivamente, a la educación.²² La historia de Alexander estuvo muy relacionada con el movimiento conocido como las *blue stockings*, un grupo de mujeres burgueses cultas que aspiraban a su emancipación y llevaban como signo oculto de su identidad colectiva unas medias azules. Este libro recibió en Escocia e Inglaterra numerosas críticas por parte de los sectores eclesiásticos y políticos más conservadores, que lo ridiculizaron como una *History of Spintners*, o una historia de las solteras.

Del salvajismo a la civilización

Para Mill la diferencia básica entre los salvajes y los civilizados es que los salvajes son personas moralmente degradadas. Estaban dominados por la pasión sexual casi sin control, y por ello carecerían de ternura y sensibilidad. Su cuerpo dominaría totalmente a su mente. Y esa sujeción a sus pasiones hacía de ellos presa fácil de la esclavitud por parte de unos déspotas de su misma naturaleza. Por el contrario, los civilizados tenderían a buscar los componentes más elevados de la naturaleza humana. Practicarían la contención sexual y serían capaces de empatía y ternura. Ese dominio de su cuerpo mediante el poder de su mentes los haría libres y capaces de resistirse a la tiranía.²³

Los salvajes desprecian a las mujeres, haciendo que no puedan recibir ninguna educación. Le impiden el acceso a la propiedad y las hacen vivir segregadas, hasta el punto de que ni siquiera podrían comer con sus maridos. Esas mujeres son golpeadas, pueden ser vendidas y compradas. Sus maridos pueden repudiarlas sin necesidad de justificación alguna, e incluso pueden ser sacrificadas en el salvaje ritual del *sati*, en el que las viudas eran quemadas vivas en la pila funeraria del marido.

Hay sin embargo una curiosa excepción, que J. Mill no ve con demasiados malos ojos. Y es el caso del pueblo *nayar*, muy conocido en la antropología, en el cual se practica la poliandria, y una mujer puede tener varios maridos simultánea o sucesivamente.²⁴ El ejemplo no deja de ser curioso, pues para los europeos del siglo XVIII y XIX eso solo sería un caso de promiscuidad sexual femenina, que tendía a explicarse por razones médicas, tal y como hizo el doctor Isaac Baker Brown, que gozaba de un enorme prestigio, por ser, entre otras cosas, cirujano principal de la London Surgical Home, ginecólogo jefe del Hospital Saint Mary, presidente de la *Medical Society of London*, y miembro titular o correspondiente de una decena de academias médicas.

Pues bien, el doctor Baker Brown fue el gran apóstol de la cliterectomía, a la que consideraba como un medio curativo extraordinario de todos los trastornos del deseo sexual femenino y los consecuentes desórdenes mentales que se suponía que acarrearía. Dedicó un libro a explicar los beneficios de su técnica, que naturalmente también causaba infecciones, hemorragias, e incluso la muerte.²⁵ Que el pudoroso James Mill considerase que la poliginia *nayar* fuese un signo positivo de liberación de la mujer en la India es,

²² William Alexander, *History of Women*, I y II (Edinburgh, 1783).

²³ HBI, I, 294-295.

²⁴ HBI, I, 307-308.

²⁵ I. Baker Brown, *On the Curability of Certain Forms of Insanity, Epilepsy, Catalepsy, Hysteria in Females* (London: Robert Hardwicke, 1866).

desde luego llamativo, en este contexto histórico.²⁶ Quizás sea otra muestra más del carácter más complejo de lo que se pensaba de su pensamiento.

El sistema que va a diseñar James Mill para justificar el dominio inglés sobre la India se basa en la contraposición entre los hindúes y los musulmanes en los aspectos psicosociales, culturales y religiosos. Comenzaremos por los hindúes: “el hindú es una especie de planta sensible. Sin imaginación, y sus pasiones están listas para dispararse a la mínima exaltación. Y tiene una agudeza y velocidad mentales que parecen estar íntimamente conectadas con la sensibilidad de su ambiente”.²⁷ Su carácter moral, documentado por relatos de todo tipo, y por personas que viven en la India, dejaría muchísimo que desear. Se caracteriza por su doblez, que le lleva a practicar el fraude y el perjurio. Es ingrato, falso y depravado, a la vez que ignorante y supersticioso. Como señala el juez de Janpore citado por J. Mill: “he observado entre los habitantes de este país que algunos de ellos son más eminentes que los de otros países, pero jamás he visto a un hombre moral y virtuoso”.²⁸

La conducta general de la población está caracterizada por las constantes discordias, el odio generalizado, los abusos y las afrentas de todo tipo, las quejas, verdaderas o falsas, los litigios sin fin, las injurias y la malevolencia general. Y como sus mujeres están sometidas a una abyecta subordinación, son enemigas furibundas unas de otras, se gritan continuamente. Son muy obscenas y violentas, ladronas a gran y pequeña escala, y no cesan de conspirar y urdir toda clase de intrigas. Todo ello está favorecido por el despotismo, que degrada a las personas, y por las innumerables manipulaciones que genera el sistema de castas.

En los siglos XVIII y XIX algunos autores europeos crearon la ficción de los sabios y buenos sacerdotes, depositarios de una sabiduría ancestral, que serían los brahmanes. Pero la visión de ellos que tiene J. Mill, apoyada en innumerables testimonios, es mucho más prosaica, pues carecen de principios, en la práctica, y no tienen ningún tipo de escrúpulos, ni moral alguna, siendo además muy mentirosos. Son egoístas, aceptan sobornos, son defraudadores y extorsionadores de la población. Abusan de su poder, pues son venales y corruptos, a la vez que serviles y aduladores con sus superiores. Y por lo general maltratan a sus mujeres y a sus hijos.²⁹ “La astucia y el artificio son para ellos sabiduría: engañar y ganar es el modo de conseguir la reputación de sabio”.³⁰

Mill dedica un ímprobo esfuerzo a intentar demostrar que la India no ha aportado nada original a la historia de la civilización en las matemáticas, sobre todo en el álgebra, en la astronomía, la gramática, las leyes y las artes en general. Mientras que se admitía por unanimidad que a ellos debemos el descubrimiento del cero y la numeración posicional, para Mill el álgebra sería creación de Diofanto, y todas las matemáticas y astronomía hindúes serían creaciones griegas recibidas desde el reino de Bactriana. Lo único que ellos tendrían sería la astrología.

²⁶ No en vano el célebre criminólogo Cesare Lombroso atribuyó también la delincuencia femenina al desorden sexual. Véase Cesare Lombroso y Gullielmo Ferrero, *Criminal Woman, the Prostitute and the Normal Woman*, ed. y trad. Nicole Han Rafter y Mary Gibson (London: Duke University, 2004). Y lo mismo ocurrió en el caso del doctor A. Moll, *Les perversions de l'instinct genital* (Paris: Georges Carre, 1897).

²⁷ HBI, I, 313.

²⁸ HBI, I, 323, y en general, 321-331.

²⁹ HBI, I, 326-327.

³⁰ *Ibid.*

Para Mill la civilización y el progreso son occidentales y europeos, y por eso considera absurdas las alabanzas a la sabiduría hindú, sobre todo por parte de William Jones.³¹ “El progreso del conocimiento y la fuerza de observación muestra la necesidad de considerar el actual estado de los hindúes como muy poco alejado de las naciones semi-civilizadas”.³² Es insostenible que hubiese decaído desde un estadio superior, porque el progreso histórico es lineal, y en él es necesario ir superando sucesivos pasos, que los hindúes no recorrieron.³³ Los restos del salvajismo o del estadio religioso pervivirían en la India en el despotismo, el dominio de los sacerdotes, el sistema de castas con sus tabúes y sus ritos innumerables que no son más que una justificación de la desigualdad, así como la corrupción y la avaricia de los sacerdotes.

En la India no existe el mercado, domina el trueque y escasean el dinero y el capital, que aportará Inglaterra. No hay ejércitos racionalmente organizados. Por todo esto los hindúes son muy inferiores a los chinos, a los persas y a los árabes; e incluso a otros pueblos subordinados a éstos, como son los japoneses, los habitantes de la Cochinchina, los siameses, los birmanos, los tibetanos y los malayos. Son asiáticos, sin más, y como tales son inferiores a los occidentales. Puesto que: “las circunstancias que hemos examinado, comparadas con las de otras naciones, nos proporcionan materiales para llegar a una conclusión satisfactoria. La opinión que no cree que las antiguas civilizaciones de Asia hayan sido filantrópicas y profundas. Y es que el despotismo es muy destructivo del ocio y la seguridad, y lo más opuesto al progreso de la mente humana, mucho más que la misma anarquía”.³⁴

Hindúes y musulmanes: una pareja mal avenida

Los aspectos más positivos de la India se deben a la expansión musulmana y a la introducción de la civilización persa con el reino de Ghazni, en el actual Afganistán, que renovarían a la sociedad hindú.³⁵ Debemos tener en cuenta que: “los defectos del gobierno mahometano, que justamente se han considerado enormes, no pueden ser comparados con los que distingue al gobierno de los hindúes”.³⁶

Para comenzar los musulmanes no tienen castas, las más injustas de las instituciones. Todas las personas son consideradas iguales ante Alá y ante la ley. Y en su caso, los gobiernos despóticos fueron una protección contra el poder de los nobles, como ocurriría ahora, dice J. Mill, en España y Polonia. El gobierno se caracteriza porque tiene cargos con funciones precisas. Y en él el soberano solo abusa de su poder cuando es atacado o se ve amenazado. En el islam no existe una teocracia, porque el rey no es sacerdote, y puede controlar el poder de los sacerdotes. Los musulmanes son más rebeldes que los hindúes, porque tienen más dignidad, y por eso los abusos de los poderosos son menores. Sus califas, o reyes, según el caso, construyen mezquitas, madrasas, hospitales; y se preocupan del bienestar económico de la población y de la justicia, pues uno de los

³¹ Véanse sus argumentos detallados en HBI, I, 429-480.

³² *Ibid.*, 436.

³³ Este mismo argumento de los estadios sucesivos sería recogido por John Stuart Mill, cuando asume la ley de los tres estadios de Auguste Comte en *Auguste Comte and Positivism*, (London: N. Trübner and Co., 1865), inicialmente publicado en la *Westminster Review*.

³⁴ HBI, I, 480.

³⁵ Véanse detenidamente HBI, I, 625-648.

³⁶ *Ibid.*, 628.

cinco pilares del islam es precisamente la limosna. Tampoco cobran impuestos excesivos, pues disponen de medios de contabilidad eficaces que les permiten administrar sus recursos, y son capaces de frenar la corrupción de sus subordinados. Y es que: “aunque en un despotismo puro las cosas dependen de las cualidades del soberano, sin embargo cuando se introduce un buen sistema administrativo, una buena parte de su buena calidad perdura con el tiempo y tiende a convertirse en perpetua”.³⁷

En el campo del derecho, mientras que las leyes de los hindúes son obra de unas mentes débiles, las de los musulmanes son mucho mejores, y hasta se las puede comparar con las inglesas en sus diferentes ámbitos. Su *derecho civil* es el inferior al inglés o al del derecho romano, pues tiene dos defectos. Y es que básicamente es oral y depende de los jueces. Pero como no hay códigos ni recopilaciones de sentencias que pudiesen servir como inapelables precedentes, como ocurre en la *Common Law*, puede darse un margen para el abuso. Las personas jurídicas son los sujetos físicos o las familias, con el padre, sus hijos y sus sirvientes en lo que se refiere a las transmisiones *mortis causa*, a las fórmulas testamentarias, a los contratos matrimoniales que regulan las dotes o los precios de la novia. Pero también a los préstamos, al derecho hipotecario, al derecho mercantil, fundamental en el comercio a larga distancia, por mar o por caravanas.

El *derecho penal*, por el contrario, sería muy limitado, como también ocurrió en el caso del derecho romano. Lo que intentó sobre todo fue evitar o regular la venganza de sangre, y “esto indica un considerable refinamiento del pensamiento en lo referido a la ley penal, muy lejana de la brutalidad que caracteriza a los códigos hindúes”.³⁸ Aunque sí que existen normas muy crueles, por ejemplo, en el caso del robo, que se castiga con el corte de las manos. En este caso es además excesivamente casuístico, ya que, por ejemplo, el robo de una vaca se castiga con una ley, mientras que el de una oveja es castigado con otra diferente; y lo mismo ocurriría con el robo de un caballo.

En el aspecto *procesal* el derecho musulmán es excesivamente breve y laxo y carece de técnica jurídica, mientras que el hindú es mucho más formular, y tiene unos procedimientos mejor establecidos. Pero como los juicios son públicos en el mundo musulmán, eso limita y controla los excesos de los jueces, que pueden ser objeto de censura pública, mientras que el excesivo tecnicismo del derecho procesal hindú facilita el soborno. En ese mismo derecho hay un buen sistema probatorio, que sería incluso mejor que el inglés, según J. Mill, pero tiene un defecto: que el testimonio de una mujer vale menos que el de un hombre, de modo que haría falta el testimonio de dos mujeres para compensar el de un solo hombre. “No hay nada, sin embargo, en las leyes mahometanas de la evidencia, comparables a los absurdos del sistema hindú, que hace del perjurio una virtud, en algunos casos”.³⁹

Por último, en lo que se refiere al sistema fiscal, que será uno de los elementos clave en las propuestas de reformas legislativas que harán James y los utilitaristas, reconoce que los musulmanes apenas introdujeron cambios, sino que únicamente simplificaron el sistema. Ello se debe a que la economía de la India permaneció estática durante milenios, porque en ella el principal medio de producción era la tierra y la magnitud económica más importante para la circulación de la riqueza y la financiación del poder político y militar fue la renta de la tierra.

³⁷ HBI, I, 636. Naturalmente en este caso habla el cualificado empleado de la Compañía.

³⁸ HBI, I, 640.

³⁹ HBI, I, 644.

Ya Karl Marx y Friedrich Engels habían observado cómo en la India por una parte estaban las comunidades aldeanas, que prácticamente podían ser autárquicas y que tenían sus sistemas de gobierno locales propios, y por otro estaba el poder político que únicamente se limitaba a cobrar la renta de la tierra.⁴⁰ Ese poder podía ser centralizado, cuando era necesario controlar grandes sistemas de regadío, o feudal, cuando se ejercía a un nivel geográfico más reducido. Pero en cualquier caso la vida rural seguiría igual, en lo que despectivamente Marx y Engels llamaron la idiotez de los campesinos.

Es el propio J. Mill quien hace al final del primer tomo de su obra una síntesis del contraste entre hindúes y musulmanes, que merece ser citada por entero:

En lo que refiere a la capacidad y al temperamento el mahometano es menos blando, delicado y aprovechado que el hindú. Por supuesto no debemos pensar que por eso le guste a su señor y amo inglés, quien no quiere tener nada que ver con él, sino únicamente recibir su obediencia. A decir verdad, el hindú, como el eunuco, destaca por sus cualidades como esclavo. La indolencia, la seguridad y la soberbia del déspota, ya sea político o doméstico, hierne mucho menos al hindú obediente que a casi ninguna otra parte de nuestra especie.

El mahometano, al contrario, es menos blando y más varonil y vigoroso. Casi se parece a nuestros antepasados semi-civilizados, que, aunque más rudos, sin embargo, no eran tan toscos y aunque menos sutiles en su conducta, eran, no obstante, más susceptibles de mejorar su nivel de civilización que cualquier pueblo de los hindúes.

En lo que se refiere a las cualidades más importantes, que constituyen lo que llamamos el carácter moral, el hindú, tal y como hemos visto, está en un nivel muy bajo y el mahometano está un poco por encima de él. La misma falta de sinceridad, la misma mendacidad y perfidia, la misma indiferencia ante los sentimientos de los demás y la misma prostitución y venalidad son notorias en ambos. Los mahometanos son pródigos cuando tienen riqueza, y se entregan al placer, mientras que los hindúes casi siempre son tacaños y ascéticos.⁴¹

Sea como fuere, queda claro que los habitantes de la India no parecen muy aptos para gobernarse a sí mismos de una manera racional, y por eso es necesaria la intervención inglesa, en aras a su beneficio. Esa intervención estuvo en un principio al cargo exclusivo de la Compañía, y luego de la propia corona, y se basó en dos formas de pensar, o dos mentalidades diferentes: la de los misioneros evangélicos y la de los filósofos utilitaristas, Jeremy Bentham y James Mill, que fue luego desarrollada por el mismo John Stuart Mill, otro empleado cualificado de la Compañía, y por diferentes políticos, militares y jueces ingleses en la India.⁴²

El gobierno de la India fue muchas veces más el resultado de una serie de pruebas sometidas al principio de ensayo y error que el resultado de un plan sistemático. Hubo dos intentos de sistematizarlo basándose en dos mentalidades, como ya se ha señalado, la metodista evangélica y la utilitarista, que se veían entre sí como totalmente opuestas, pero que compartían muchos caracteres en común. Pues ambas partían del principio de que la civilización occidental, que es cristiana, es moralmente superior a todas las demás. Y por eso su moral debe ser difundida mediante la educación de los indígenas. Fruto de esa

⁴⁰ Véanse sus cartas sobre la India y la Compañía, recogidas por Maurice Godelier, *Sobre el modo de producción asiático* (Barcelona: Martínez Roca, 1969).

⁴¹ HBI, I, 646.

⁴² Este tema ha sido analizado en profundidad por Eric Stokes, *The English Utilitarians and India* (Bombay: Oxford University Press, 1959).

educación será el nacimiento del orden social, y solo de él podrá derivarse la justicia y el derecho Y fruto de la seguridad jurídica y social, que solo el derecho puede ofrecer, vendría de un modo subsiguiente el desarrollo del comercio, y con él la civilización y la integración en el mejor de los mundos: el mundo occidental.

En la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX se consideraba que la historia universal se desarrollaba en una línea de progreso única, que comenzaría con el origen del hombre –a partir de C. Darwin– y culminaría en la Europa industrial. Esta era una creencia ampliamente difundida, y compartida por creyentes y no creyentes, y por todos los espectros políticos, desde el liberalismo hasta el propio marxismo.⁴³

La visión evangélica estaba en contraste radical con la actitud que tradicionalmente había tenido la *East India Company*. Los evangélicos proponían un cambio radical, mientras que la Compañía quería mantener las instituciones existentes. Los evangélicos deseaban la asimilación, mientras que la Compañía optaba por la convivencia. Los evangélicos querían imponer todo un sistema de gobierno, mientras que la Compañía solo deseaba practicar el libre comercio. Era esencialmente el contraste entre la mentalidad del misionero y la del mercader.

Los misioneros querían implantar la educación inglesa, mientras que la Compañía prefería que continuase la tradición. El referente de los evangélicos era Dios, mientras que el de los comerciantes era la idea de justicia, unida a la ley, que debía ser independiente de la religión. Los evangélicos prometían la salvación, gracias a la conversión y la educación, mientras que los comerciantes prometían la felicidad y el bienestar, logrados por el libre ejercicio del comercio y la libertad civil. Para los evangélicos era esencial la anglización de la India y la introducción del inglés, mientras que los comerciantes eran partidarios de aprender las lenguas vernáculas.

El historiador y las reformas políticas

James Mill protagonizó diferentes iniciativas legislativas en sus propuestas al Parlamento, referidas al gobierno de la India.⁴⁴ En ellas podemos ver cómo su concepción de la historia se relaciona con la realidad concreta y cómo historia, política y reforma económica y social forman parte de un todo, pero también veremos cómo ocultan una profunda contradicción, la de un liberal en Inglaterra que es un autoritario en la India.

Lo esencial para J. Mill era el control de la renta de la tierra. Mill seguía a David Ricardo, quien consideraba que la renta de la tierra, percibida básicamente por la aristocracia, era un obstáculo para el desarrollo económico.⁴⁵ Él odiaba a las aristocracias inglesa e hindú, y creía que si se les expropiaba en cierto modo la renta de la tierra desaparecerían las élites locales, que se oponían al dominio inglés y bloqueaban la compra de terrenos por parte de los británicos con el fin de establecer un sistema de plantaciones,

⁴³ Véase Paul Costello, *World Historians and their Goals. Twentieth-Century Answers to Modernism* (Northern Illinois University Press, 1994).

⁴⁴ Véase E. Stokes, *The English Utilitarians*, 66-80.

⁴⁵ Véase David Ricardo, *Principios de Economía política y tributación*, (Madrid: Pirámide, 2003), 131,157, para la renta de la tierra, y 273-280, para la economía de las colonias. Sobre él véase René Passet, *Les grandes représentations du monde et de l'économie à travers de l'histoire* (Paris: Les liens qui Libèrent, 2010), 161-342, en relación con la economía del equilibrio de mercado; y Joseph Schumpeter, *History of Economic Analysis* (New York: Oxford University Press, 1954), 463-490 para David Ricardo y 527-574 para John Stuart Mill.

que nunca llegó a ser efectivo en la India. Esta misma idea, como muchas otras, fue compartida y desarrollada por su hijo en su tratado de economía política.⁴⁶

Su propuesta se basaba en la creación de una administración eficiente, que necesitaría elaborar un censo de todas las tierras de la India. Debería hacerse en catastro, un censo de población y crear todo un sistema de funcionarios administradores del mismo, coordinados con un nuevo sistema judicial. De este modo, el estado pasaría a ser el gran propietario de la tierra, que sería lo que según Marx caracterizaría al modo de producción asiático, y cobraría rentas a toda la población. Los campesinos pagarían una renta más baja, mientras que los *zamindars*, que serían concesionarios de la tierra estatal, la pagarían más alta.⁴⁷

La reforma de la propiedad de la tierra, que llevaría a crear una curiosa especie de capitalismo de estado, que no habría disgustado a Karl Marx, debería ir acompañada de la creación de un sistema judicial, sobre el que se hicieron otras propuestas, además de las de James y John Stuart Mill, como fueron la de sir Henry Maine (1822-1888), hoy conocido como antropólogo y teórico del derecho, pero que fue también entre 1862 y 1869 *Law Member of the Government of India* y miembro del *Indian Council*, aunando también así teoría y práctica.

Este sistema jurídico había de basarse para los utilitaristas en el principio siguiente: “la ciencia de la legislación tiene sus leyes universales inmutables, tan válidas como las de las ciencias físicas, y es el conocimiento de sus principios una condición esencial para ser legislador. Ajustar estos principios a un país concreto es una tarea secundaria y relativamente simple”.⁴⁸ Las leyes de estas propuestas se debían tener las siguientes propiedades: ser breves, simples, expresar de un modo claro la voluntad del legislador, y ser sistemáticas, tal como ya había establecido Jeremy Bentham, el maestro de James Mill en su *Nomographia*.⁴⁹ Y fueron estos principios lo que inspiraron a Macaulay en la redacción de los códigos para la India. Macaulay era también un utilitarista, y tenía muy claro que el gobierno británico en la India se basaba en la fuerza, y no en el consenso, al contrario que en Inglaterra. Para él había dos palabras clave: ley y orden. Y fue aplicando esos principios como los utilitaristas: “hicieron una de las principales contribuciones a la fe en el imperialismo inglés”, la de la misión educadora, civilizadora y de creación del derecho, necesario para el nuevo gobierno.⁵⁰

Partían del contraste entre la India anterior, que viviría en el desorden bajo el régimen de las pasiones, y que aplicaba arbitrariamente la coerción a un pueblo pasivo; y la del nuevo gobierno inglés, que aunaría la aplicación de la fuerza con el dominio de la ley, y que crearía el orden social, que se basaría en la razón y no en el deseo. Por eso ese mismo gobierno, además de colonizador tendría un papel redentor, al crear un claro régimen de despotismo ilustrado. Para los utilitaristas, según E. Stokes: “la cohesión, disciplina y subordinación del cuerpo militar, que trabaja casi en silencio y casi sin

⁴⁶ John Stuart Mill, *Principles of Political Economy with some of their Applications to Social Philosophy*, (London: George Routledge and Sons, 1891), 289-297.

⁴⁷ Véanse los textos en Eric Stokes, *The English Utilitarians*, 81-139.

⁴⁸ James Mill, citado en Eric Stokes, *The English Utilitarians*, 178.

⁴⁹ Véase Eric Stokes, *Ibid.*, 229.

⁵⁰ *Ibid.*, 298.

discusión, obedeciendo órdenes, aparecía a sus mentes como una cosa intelectualmente admirable”.⁵¹

Y es que el utilitarismo, que tomaba como ciencia modélica a la economía política del equilibrio del mercado, según la cual las leyes inmutables del cosmos o la economía logran que las fuerzas opuestas se equilibren en un todo armonioso, incurría en una curiosa contradicción en el terreno de la ética. Frente a la moral basada en los mandatos divinos o concebida a partir de la idea abstracta del deber, que establece una dicotomía tajante entre lo bueno y lo malo, entre lo permitido y lo prohibido, J. Bentham proponía el modelo *eudemonista*, según el cual no existiría la idea del bien en abstracto, sino que el propósito de la moral sería conseguir la mayor felicidad para el mayor número.

Para que eso fuese posible era necesario establecer una tabla cuantitativa de los placeres y los dolores, puesto que hablar de mayor o menor es hablar de magnitudes, como lo son los precios en el mercado. El problema es que el dinero es un patrón universal del valor de cambio, mientras que no puede existir un placer universal abstracto. En el mercado se suponía que en toda transacción se lograba un beneficio para las dos partes, un beneficio computable en moneda. El problema en el caso de la moral es que los placeres, por su propia definición, son subjetivos, ya que son sensaciones agradables, frente a las desagradables del dolor. Por esa razón lo que para uno puede ser un placer para otro puede ser un dolor no querido ni buscado. Y como eso no era aceptable, los utilitaristas tuvieron que crear un catálogo de placeres admisibles y otro de los no admisibles.

Consecuentemente acabaron por admitir que hay placeres que son buenos y otros que son malos, y que debemos buscar los placeres que son buenos en sí mismos, con lo que estaremos volviendo a la ética anterior con la que se pretendía romper. Montesquieu había dicho que la libertad consiste en que todo el mundo pueda hacer lo que debe hacer, y no ser obligado por la fuerza a hacer lo que no debe. Los utilitaristas vienen a proponer algo similar, en Inglaterra y mucho más en la India, porque saben que sin el derecho no puede haber orden, y sin orden no puede lograrse la felicidad. Del mismo modo que el mercado libre no es posible si no existe la propiedad, a la que hoy se llama de un modo muy vago y confuso “seguridad jurídica”.⁵² Marx y Engels lo dijeron también a su manera, cuando señalaba que la propiedad es imposible si no existe el estado como su escudo y la familia como uno de los medios esenciales de su transmisión.

No hay propiedad sin ley, ni felicidad sin orden, pero todo ello dimana del poder militar, en general, y más en concreto en el caso de la India. Lo dijo de un modo muy claro sir J. Fitzjames Stephen en su artículo en *The Times*, de fecha 4 de enero de 1878:

El poder británico en la India es como un largo puente por el que pasa una enorme cantidad de seres humanos, y espero continúen pasando por mucho tiempo; que va desde una tierra terrible en la que la violencia descarnada reina a su antojo desde hace siglos –un país de crueles guerras, fantasmales supersticiones y plagas y hambrunas devoradoras– hasta otro país, del que, sin ser profeta, puedo trazar una panorámica del futuro: un futuro que sé que será ordenado, pacífico e industrial, como no podía ser de otro modo, gracias a los cambios impercederos similares a los que legó a la humanidad el Imperio romano.

⁵¹ *Ibid.*, 309.

⁵² Sobre la relación entre propiedad y coerción, véase José Carlos Bermejo Barrera, *La tentación del rey Midas. Para una economía política del conocimiento* (Madrid: Siglo XXI Editores, 2015), 51-122.

No será construido el puente sin luchas desesperadas y costosos sacrificios. Solo un puñado de nuestros conciudadanos vigilan la entrada y ponen orden en la masa. Si cayese, ya fuese a causa de quienes lo vigilan, de los que están sobre él, o de quienes hayan perdido toda esperanza de llegar a una tierra mejor, golpeando así sus pilares y precipitando su caída. ¿Pero cuáles son esos pilares?

El primero es el poder militar, el segundo la justicia, por la que entiendo la firme voluntad y la determinación constante por parte de los ingleses de promover por todos los medios la imparcialidad para conseguir lo que los ingleses consideren lo mejor para los nativos. Pero ni la fuerza ni la justicia bastarían por sí mismas. La fuerza sin justicia es la vieja maldición de la India, administrada desde siempre con mano dura. Pero la justicia es un fin inalcanzable sin la fuerza. Por eso creo que una voluntad de mando, un corazón vigoroso o un cerebro activo y unos nervios de acero, así como un cuerpo fornido, pueden lograr que el poder militar se dirija hacia el fin que constituye los que creo que es la justicia.

No vacilaré, incluso cuando vea que no hemos conseguido hacer lo mejor. En ese caso caeremos con honor. Pero si tenemos éxito demostraremos nuestra fuerza, habilidad y valor para la historia universal. Por otra parte, no veo una razón por la que tengamos que fallar.⁵³

Nuestro lord inglés es elocuente por sí mismo. El primer motor es el poder militar, y gracias a él puede hacerse que reine la justicia y que luego vengan la prosperidad, la felicidad y el bienestar colectivos; por lo menos en teoría. En la práctica, de lo que se trataba era de mantener el control por la fuerza y permitir que se desarrollase el mercado. Si eso fuese así se habría logrado el éxito en la India. En el caso contrario, que es el de Afganistán, como no se quiso favorecer el comercio y se prefirió mantener un aislamiento favorecido por la geografía, pero no insuperable, solo quedó el poder militar en estado puro, que fue lo que decidió apoyar el poder inglés desde la India.

Bibliografía

Alexander, William, *History of Women*, I y II (Edinburgh, 1783).

Bermejo Barrera, José Carlos, "Making History, Talking about History", *History and Theory*, 40 (2001): 190-205.

Bermejo Barrera, José Carlos, *La tentación del rey Midas. Para una economía política del conocimiento* (Madrid: Siglo XXI Editores, 2015).

Brown, I. Baker, *On the Curability of Certain Forms of Insanity, Epilepsy, Catalepsy, Hysteria in Females* (London: Robert Hardwicke, 1866).

Buchan, James, *Capital of Mind. How Edinburgh Changed the World* (London, John Murray, 2003).

Burrow, J. W., *Gibbon* (Oxford: Oxford University Press, 1985).

Costello, Paul, *World Historians and their Goals. Twentieth-Century Answers to Modernism* (Northern Illinois University Press, 1994).

⁵³ Citado por Eric Stokes, *The English Utilitarians*, 299-300.

Gibbon, Edward, *Memorias de mi vida* (Madrid: Alba Editorial, 2003, ed. or. London, 1815).

Gibbon, Edward, *The Decline and Fall of the Roman Empire* (London: John Bury, Methuen and Company, 1909).

Ferguson, Adam, *An Essay on the History of Civil Society*, ed. Fania Oz-Salzberger (Cambridge: Cambridge University Press 1995, ed. or. Edinburgh, 1761).

Godelier, Maurice, *Sobre el modo de producción asiático* (Barcelona: Martínez Roca, 1969).

Lombroso, Cesare y Gullielmo, Ferrero, *Criminal Woman, the Prostitute and the Normal Woman*, ed. y trad. Nicole Han Rafter y Mary Gibson (London: Duke University, 2004, ed. or. 1893).

Mazlish, Bruce, *James and John Stuart Mill. Father and Son in the Nineteenth Century* (New York: Basic Books, 1975).

Méndez Baiges, Víctor, *El filósofo y el mercader. Filosofía, derecho y economía en la obra de Adam Smith* (México: Fondo de Cultura Económica, 2004).

Mill, James, *The History of British India*, 3 vols. (London: Baldwin, Cradock and Joy, 1817).

Mill, John Stuart, *Auguste Comte and Positivism* (London: N. Trübner and Co., 1865).

Mill, John Stuart, *System of Logic Racionative and Inductive. Being a Connected View of the Principles of Evidence and the Methods of Scientific Investigation*, 2 vols. (London: Longmans, Green, Reader and Dyer, 1875).

Mill, John Stuart, *Principles of Political Economy with some of their Applications to Social Philosophy* (London: George Routledge and Sons, 1891).

Mill, John Stuart, *Sobre la libertad. Utilitarismo* (Madrid: Aguilar, 1971).

Mill, John Stuart, *Autobiografía* (Madrid: Alianza, 1986).

Mill, John Stuart y Harriet Tylor Mill, *Ensayos sobre la libertad sexual* (Barcelona: Península, 1973).

Moll A., *Les perversions de l'instinct génital* (Paris: Georges Carre, 1897).

Morison, J. Cotter, *Gibbon* (London: Macmillan, 1878).

Passet, René, *Les grandes représentations du monde et de l'économie à travers de l'histoire* (Paris: Les liens qui Libéren, 2010).

Reid, Thomas, *Investigación sobre la mente humana según los principios del sentido común*, ed. y trad. Ellen Duthie (Madrid: Trotta, 2004, or. 1764).

Ricardo, David, *Principios de Economía política y tributación* (Madrid: Pirámide, 2003, ed. or. London, 1817).

Ross, Ian Simpson, *The Life of Adam Smith* (Oxford: Oxford University Press, 2010).

Schumpeter, Joseph, *History of Economic Analysis* (New York: Oxford University Press, 1954).

Stokes, E., *The English Utilitarians and India* (Bombay: Oxford University Press, 1959).

Perfil académico

José Carlos Bermejo Barrera es catedrático emérito de Historia Antigua en el Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Compostela (España). Es autor de numerosos libros de teoría de la historia e historia de las religiones, siendo sus trabajos más recientes: *Las guerras de la doble moral* (Vigo: La luz del flexo, 2023), *El gran virus. Ensayos para una pandemia* (Madrid: Akal, 2021), *Os santos das nación* (Santiago: Laiovento, 2021), *La política como impostura* (Madrid: Akal, 2021), *Historia y melancolía* (Madrid: Akal, 2019), *La tentación del rey Midas. Para una economía política del conocimiento* (Madrid: Siglo XXI, 2015) y *Sueños para unas sombras. Caminos del mito griego* (Santiago de Compostela: Enxebre Books, 2014).

Academic profile

José Carlos Bermejo Barrera is Emeritus Professor of Ancient History in the Department of History at the University of Santiago de Compostela (Spain). He is the author of several books on theory of history and history of religions, his most recent titles being *Las guerras de la doble moral* (Vigo: La luz del flexo, 2023), *El gran virus. Ensayos para una pandemia* (Madrid: Akal, 2021), *Os santos das nación* (Santiago: Laiovento, 2021), *La política como impostura* (Madrid: Akal, 2021), *Historia y melancolía* (Madrid: Akal, 2018), *La tentación del rey Midas. Para una economía política del conocimiento* (Madrid: Siglo XXI, 2015), and *Sueños para unas sombras. Caminos del mito griego* (Santiago de Compostela: Enxebre Books, 2014).

Fecha de recepción: 15 de enero de 2024.

Fecha de aceptación: 22 de febrero de 2024.

Publicación: 30 de junio de 2024.

Para citar este artículo: José Carlos Bermejo Barrera, “Los dos pilares del imperio: la India de James Mill”, *Historiografías*, 27 (enero-junio, 2024), pp. 70-88.